

## La Novena Sinfonía

*“Hay quien niega la aflicción señalando el sol;  
él niega el sol señalando la aflicción”  
F. Kafka, “Él”*

---

**I**nvariablemente, como si tuviera un reloj interior, se despertaba a las siete. A las siete, o siete y cinco, así lo había ordenado, se abría la puerta del dormitorio. Un halo de luz irrumpía en la oscuridad total y caía sobre la cama. Sobre la mesita de luz le dejaban el café, un vaso de agua sobre un plato y en el mismo plato, una píldora. Como lejana, oía la voz neutra que le daba los buenos días, le informaba la temperatura de afuera y como si no lo supiera o no tuviera reloj, la hora, “Ya son las siete”, o “Ya son las siete y cinco”, cosa que, nunca lo comprendió por qué, le sonaba a un reproche. Con la cabeza cubierta, los ojos cerrados, atento a los ruidos, siempre se olvidaba de dar las gracias. Los ruidos se producían y terminaban con la taza y el vaso del día anterior que tintineaban en las manos de la persona que se alejaba y el leve golpe en el marco de la puerta que se cerraba.

Jamás se descubría ni abría los ojos antes de que la puerta se cerrara. Le tenía miedo a la violencia de ese halo de luz que lo había herido una vez, quizás del sol mismo si era verano. No era fácil enfrentar el día que, lo quisiera o no, además de su propia carga, contenía la de todo su pasado y del futuro incierto con una sola certeza demasiadas veces temida y otras tantas deseada: el fin en un lugar en el que nadie lo despertaría.

La puerta se había cerrado. Suponía que el halo de luz había desaparecido y que todo había vuelto al seno de la oscuridad. Se descubrió la cabeza y el primer esfuerzo del día: vencer el peso increíble de sus párpados. Al miedo, si es que no había algo más que el miedo, le seguía el alivio: la oscuridad seguía allí.

Aunque siempre se durmiera en posición fetal, se despertaba de espaldas, una posición que le traía asociaciones desagradables. Giró la cabe-

za y miró los números digitales del reloj despertador: las siete. Era una maravilla técnica, programable con un bzzz irritante, o con una radio que lo despertaría con las noticias de la mañana siempre las mismas y deprimentes, o con una casete que podía elegir a gusto.

Hacía bastante tiempo, ya ni se acordaba cuándo, quizás cuando empezaron sus actitudes y opiniones pesimistas, su esposa le había sugerido que lo programara con el último movimiento de la Novena sinfonía, con el poema el *Canto a la vida*. No sólo fue un consejo del buen uso de la tecnología sino una lección del saber vivir. El poema del último movimiento que cantaba un coro vibrante, había sido escrito por un poeta tísico y la exclamación *A pesar de todo la vida*, era un ejemplo profundamente humano de esperanza y optimismo. Si él quisiera, con la ayuda del poema, cambiaría de actitud, vería la vida de otra manera y sería mucho más feliz.

Lamentablemente, lo pensó en ese momento y lo piensa ahora, cada día, su problema no era enfrentar la vida, algo demasiado vasto y complicado; su problema era mucho más pequeño y simple: se trataba de enfrentar el día. Una vez conseguido esto, lo quisiera o no, el resto, la vida, que nunca supo exactamente qué era, por inercia, transcurriría con su automatismo habitual. Salvo el día en que lo programó con la Novena para las ocho y lo probó, nunca llegó a escuchar el coro; como si se escapara, se levantaba y desaparecía antes.

Para despertarse completamente y enfrentar el día sin la carga de las pesadillas nocturnas recurrentes hasta el pavor, prefería su propio método; la luz graduable que paso a paso, sin muchos sobresaltos y el menor dolor posible, exorcizándolas, lo llevaría a reconciliarse con sus tareas cotidianas bajo la cálida y temida luz del sol.

Sin emitir ninguna queja o gemido, con un esfuerzo sobrehumano, giraba su cuerpo delgado que se quejaba y gemía por él, hasta que su vientre abultado tocaba la sábana. Sacaba su mano temblorosa de debajo de la manta y tanteando como un ciego, en el tablero contra la pared un poco por encima y al lado de la mesa de luz, entre otras llaves de las que ni se acordaba para qué estaban, tal vez alguna para abrir la cortina, buscaba la conocida, la familiar, la llave giratoria que por etapas, de cero, lo llevaría a 20 watts, a 40, 70, finalmente a 150, casi la luz del sol. La hizo girar.

20 watts.

En la mesa de luz al lado de la cabecera de su esposa, los 20 watts atenuados por una hermosa pantalla, como si fuera un crepúsculo íntimo,

iluminaban tenuemente la oscuridad creando sombras densas, todavía débiles para ahuyentar las sombras tenebrosas de sus pesadillas, pero suficientes para continuar con el enfrentamiento del día. Antes de seguir con sus maniobras, como por un mandato interior o una vieja rutina, echaba una ojeada al lugar vacío que debería ocupar su esposa, la que, tarareando la Novena o alguna canción de las que cantaban en la iglesia, se habría levantado mucho antes para ir al trabajo voluntario en una organización de beneficencia. O, más simple, ya no dormiría con él.

Otro esfuerzo, retrepaba su cuerpo que seguía gimiendo, lo apoyaba contra la almohada y su cabeza contra el respaldo de la cama. Dentro de la misma sombra que creaba su cuerpo, se inclinaba ligeramente y con mucho cuidado para no volcar el café o el vaso de agua, estiraba su mano cuyo temblor se transmitía a los dedos que día a día temblaban más. Por suerte la píldora era cada vez más grande. A veces, como si la píldora fuera un imán, lograba atraparla en el acto, otras, se le escapaba, cosa que, supersticioso, lo consideraba como una señal premonitrice de un día especialmente difícil.

Con un ligero destello de alegría que no llegó a tomar cuerpo, ese día lo logró al primer intento. No, nunca llegaría a ser alegría. Tomar el vaso sin volcarlo, era otra tarea titánica. Más de una vez lo había volcado. Y lo sabía, era inútil gritar; las veces que lo había hecho, ni su esposa que ya se habría ido al trabajo, ni la persona que se lo traía, quizás una voluntaria o un alma buena de las que no faltan en el mundo, una vez cumplida la misión, se habría retirado. Tragarse la píldora seca o con el café, no era lo mismo: el doctor le había recomendado un vaso de agua lleno.

Una orden a la mano y los dedos; como era incómodo dormir con la cama mojada, sacó el cuerpo de la cama por si caían algunas gotas, aferró el vaso y se lo llevó a los labios. Con un trago largo desapareció la píldora y el paso del agua, así le pareció, se llevó el sabor amargo de su boca.

Tal vez pensando en los efectos beneficiosos de la píldora que se manifestarían muy pronto y le ayudarían a hacer más ligeras o menos dolorosas las tareas del día, su mano y dedos atenuaban su temblor. Tomar el paquete de cigarrillos y el encendedor le resultaba más fácil. Tres o cuatro cigarrillos con el café, bueno, a veces hasta cinco o seis, eran suficientes para terminar con la primera etapa de los rituales de la mañana. Sacaba el primero, lo encendía y dejando a su lado el paquete y el encendedor, se entregaba a la grata tarea que su esposa reprochaba por su salud: fumar y más como lo hacía él, con pitadas profundas como si devorara el cigarrillo.

Dio la primera pitada, retuvo el humo por unos segundos y lo largó; en el acto se sintió mejor. Más de una vez se preguntó si todas esas amarguras, el temblor en sus manos, no se debían a la falta de nicotina. Extendió la mano izquierda: efectivamente, temblaba menos.

Su cuerpo entero se relajó. Cuatro o cinco pitadas más, enérgicas, rápidas, profundas, y la brasa tocó el filtro. Ya estaba. Hasta su cuerpo tenía más energía. Sin que gimiera esta vez, se estiró, aplastó el pucho en el cenicero, y antes de avanzar, o avanzar menos dolorosamente, aplicó su método; giró la llave:

40 watts.

La luz, la temida y anhelada luz. El halo a través del círculo de la pantalla tocó delicadamente el techo. Las sombras de la habitación se acortaron y los objetos, emergiendo de lo amorfo, adquirieron un suave contorno todavía gris.

Prendió el segundo cigarrillo y metió el dedo en la manija del tazón de café, un café liviano, como le había aconsejado el médico para no dañar sus nervios, pero un café verdadero, medio amargo, para que el azúcar no matara su sabor auténtico, el auténtico espíritu del café y que tanto le ayudaba en el proceso de resurrección cotidiano.

El primer sorbo, como el agua, fuera de la cama, el segundo, un ahhh, otro, y ya completamente seguro, volvía a apoyarse en la almohada. La primera pitada del segundo cigarrillo, un sorbo de café, pitada, sorbo, pitada, hasta que una vez más, la brasa tocó el filtro. De un trago largo, terminó el café y dejó la taza en su lugar.

El tercer cigarrillo. Más tranquilo, más calmado, su mente estimulada por la nicotina, por el café o por la píldora que ya habría comenzado a actuar, ya para exorcizarlos, ya para superarlos, se ocupaba de los sueños y pesadillas recurrentes que inevitablemente, noche a noche regresaban, lo asaltaban y torturaban. Sabía que era inútil negarlos; como si se hubieran grabado en su retina, inexorablemente los volvía a ver. Despierto y consciente de saber que no eran más que sueños y pesadillas, ya era un alivio; sin embargo, no era suficiente. Difícilmente podía eludir el dolor y los escalofríos que le causaban. Sí, era mejor dejarlos venir y observarlos como en un ejercicio de meditación o como quien, en un cine, comiendo maíz inflado o masticando un chicle, contempla indiferente el drama en la pantalla hasta que termina y se prende la luz.

No recordaba el orden en que los había soñado, eso no era importante. Sin embargo, el orden en que se le volvían a aparecer cada mañana, era más o menos el mismo. Reaparecía el sueño con su padre que había

muerto de cáncer hacía mucho tiempo y, como si no hubieran hecho bastante por él, o como si hubieran cometido un error al enterrarlo, él se ponía a buscarlo. A veces lo encontraba por la calle como si nada hubiera pasado. Otras, en algún rincón, con la cara oculta por las manos, llorando. En estos casos, nunca estaba seguro si era su padre. Para asegurarse, le apartaba las manos y escuchaba recriminaciones, a veces hasta insultos, de que lo habían abandonado, de cómo lo habían enterrado vivo. O sin encontrarlo, ya realmente convencido de que había pasado a una vida mejor, cosa que él también buscaba, volvía a casa y encontraba a su padre sentado a la mesa familiar, listo para almorzar o cenar. Para acompañarlo, se sentaba con una mezcla de alegría y culpa. Mientras comían, escuchando las recriminaciones del viejo por haber llegado tarde, la mesa, el comedor, las paredes, la casa, se iban evaporando y se encontraba con el cigarrillo consumido en la mano.

Lo había pensado más de una vez, ¿si cambiara de método? En vez de prender otro cigarrillo, o prenderlo, ir al baño, afeitarse y mientras se afeitaba... pero antes, la luz.

70 watts.

Los objetos se percibían mejor, hasta el dormitorio pareció agrandarse y estirarse como para dar cabida a la luz, pero el color gris persistía. Incluso pudo ver su silueta borrosa en el amplio espejo del tocador contra la pared más allá del pie de la cama y frente al cual tendría que pasar para ir al baño del dormitorio. Recordó, esta vez no un sueño sino la realidad. Cuando lo compró, su mujer se había asombrado ante el tamaño del espejo que abarcaba todo el ancho de la cama, le pareció una exageración, como él, que siempre exageraba. Sin embargo, resultó útil y por un tiempo, había cumplido su función de manual y ella había participado sin comentarios. La intensidad del amor que se suele jurar eterno había comenzado a hundirse en la rutina y terminó por apagarse. ¿Fue así? Nunca estaba seguro. Quizás esa intensidad no fue más que un sueño o una de las muchas engañosas con la que disfrazó su mala vida para hacerla más llevadera. Con ese espejo trató de reavivar las llamas, si no del amor, imposible e inútil, por lo menos el deseo animal, los deseos eróticos mortecinos. Lo había puesto allí para, en ese momento, encontrar reflejada en el vidrio una imagen: las dos siluetas, sin rostro y sin relieve, de una pareja que se había vuelto indiferente en la cama. Sonrió con amargura, absolutamente consciente de que esa pareja que ahora observaba en el espejo no eran más que recuerdos, deseos proyectados de su mente. El recurso del manual había durado tan poco como el amor jurado eterno. No siguió mirando y fantaseando; era in-

útil: la imagen que se interponía era él mismo, un poco encorvado, el vientre abultado dentro del pijama, el cuarto cigarrillo colgándole entre los labios, era él en su camino rumbo al baño.

Sentado en el inodoro, satisfecho de su propia puntualidad y regularidad, pensaba que ya estaba, que el resto sería fácil. Estaba tan seguro de que hasta esos momentos dolorosos y torturantes al despertar, la puerta que se abría y la persona que le traía el café, el agua y la píldora anunciándole la hora, los percibía como sueños lejanos. Como si esto fuera poco, a esa altura, una inexplicable urgencia se apoderaba de él. Dejaba la ducha para el atardecer, para cuando regresara de su trabajo. Se afeitaba casi de memoria, con temor a mirarse, de verse en el espejo. Nada costaba reconocer racionalmente que ya estaba viejo, la cara surcada por arrugas profundas, los ojos hundidos, nada, pero aceptarlo, eso ya era otra cosa. La urgencia se intensificaba hasta rozar el borde de la histeria. No por nada el psiquiatra que le había recetado las píldoras le había aconsejado que se separara aunque fuera por un tiempo, o que se tomara unas vacaciones largas. El objetivo ahora era claro: dejar la casa, y si era posible, para evitar situaciones dolorosas, no encontrarse con nadie, ninguna visita imprevista que, vamos, era imposible a esa hora, o alguno de sus hijos. Su esposa no, ella ya hacía rato que estaba en viaje a su trabajo o en el trabajo mismo: era una mujer ejemplar.

Tanto era su deseo de no encontrarse con nadie a esa hora que, a pesar de que lo pagaría su empresa, había cancelado el remise que todos los días lo llevaba al trabajo. Prefería salir a escape sin desayunar y conducir su propio BMW deportivo con el que, a pesar de sus años, podía permitirse algunas travesuras en la ruta y hacerse el playboy desde el momento en que sacaba el coche del garaje con una aceleración exagerada y chirrido de frenos, inútiles y peligrosos, decía su mujer, informada por los vecinos o por la sirvienta y a la que también eludía hábilmente mientras pasaba rumbo al garaje.

Curioso, lo pensó más de una vez, aunque esa aceleración fuera un estímulo tan breve o mortecino como el espejo al pie de la cama, para sentirse alerta y vivo, lo necesitaba como el pan cotidiano o la píldora.

Ya sobre la ruta abarrotada de autos, maldiciendo el haber salido tan temprano, costumbre de sus años de pionero, buscaba una cafetería o un bar para desayunar. Cada día distinto, o no más de dos veces seguidas el mismo. Le temía a la falsa familiaridad que se pudiera crear, e incluso le molestaba profundamente esa pregunta de rutina del mozo o la moza, *¿cómo está usted hoy?*, pregunta del manual del vendedor, de la que, o similares, tendría bastante en la oficina. Y mientras comía sus

huevos fritos con tocino, y bebía el segundo café de la mañana, preparaba su alma para enfrentarse a las tareas de la jornada en la oficina, sobre todo en el encuentro inevitable con su esposa al regreso del trabajo y la imposibilidad de dialogar con ella. Se tenía que tragar sus quejas sobre el trabajo, sus subordinados y después de cenar, irse a la cama con el veneno que había tragado todo el día. Ni él ni su esposa sabían de qué se quejaba exactamente, pero sí recordaba siempre sus suaves y dulces lecciones: "Lo que pasa es que te crees único, otros viven la vida y aceptan las cosas como nos la dio Dios. No se complican la vida complicando las cosas. Debes aceptar la vida y aprender a quererla. Puede ser muy interesante aprender a amar las pequeñas cosas, una flor, un pájaro que canta, un día hermoso, pleno de sol en verano, las hojas multicolores de los árboles en otoño, la inmaculada blancura de la nieve en invierno. Y en cualquier estación, escuchar el trino de nuestro canario, hablarle, alentarle en su hermoso canto". La lista, respondía él gruñendo, no era muy larga, para colmo siempre repetida, a no ser que contara las hojas de los árboles o los malditos trinos del canario que con su entusiasmo le reventaba los tímpanos, hasta el alma. Y terminaba en broma, "Para decirte la verdad, cada tanto me asalta la tentación de estrangularlo".

A veces, más que nada para tener de qué hablar en la oficina y no estar fuera del mundo, como si el mundo se encontrara reducido al que le ensuciaba las manos, aunque a su casa llegaran tres o cuatro todas las mañanas y en su despacho lo esperaran otros tantos o más, compraba el diario y lo leía después del desayuno, cosa que ese día no hizo por temor a que le arruinara la digestión. Pagó y salió.

Por más vueltas que diera en su BMW, por más que pisara el acelerador, reprochándose su cobardía por no decidirse a tomar un avión e irse lejos, a un lugar donde tal vez encontrara un amor que lo redimiera, inevitablemente llegaba a su trabajo.

Ya en el garaje, el encargado zalamero y servil, actitud por la que lo despreciaba sin que por eso se sintiera mejor, le había preguntado ¿cómo está usted hoy, señor...?, y comentado, lindo día ¿verdad? Y ahora, los empleados, en el ascensor, en el pasillo, su secretaria que lo esperaba con los papeles para firmar, escuchaba, buenos días, ¿cómo le va? ¿qué dice? ¿mucho tráfico? ¿qué cuenta? ¿está lindo afuera? ¿le costó mucho llegar?

Nunca se detenía para responder. Cuando lo había hecho dos o tres veces, ya el que preguntaba había desaparecido. Como eran sus empleados, quizás para que no pensara que perdían tiempo a sus costillas,

corrían por los pasillos como por una autopista. Política de la empresa para crear una atmósfera agradable, se limitaba a una sonrisa amable, a lo mejor un poco estereotipada, pero sin duda vaga y lejana.

Además, estaba seguro, lo sabía desde la época en que era más que un agente y hablaba con sus pares, los temas que escucharía se referirían a la separación, al divorcio, los conflictos con los hijos, el peligro de la droga, las vacaciones, esos viajes tontos de una semana todo incluido y pagaderos en cómodas cuotas mensuales, las hipotecas. Alguna empleada que vivía sola y le hablaría de su perro o su gato. Él, para socializar, le podría hablar de un canario. O no, para esa historia necesitaría un confesor o consejero espiritual.

En su amplio despacho con ventanal sobre un río, un escritorio labrado ordenado impecablemente como si nadie trabajara allí, un sillón ergométrico último modelo, en las paredes fotos que hablaban de la historia de la empresa, ninguna de su familia, no era hipócrita, sillones, un sofá, otra mesa, una biblioteca, una cafetera, una jarra termos con agua fresca.

Al entrar, como para juntar ánimos, se quedaba un rato contemplando el paisaje a través de la ventana y sobre el río, un barquito en el que se imaginaba viajando. Y mientras viajaba, pensaba en el trabajo que le esperaba. ¿Cuál? En su empresa se hablaba mucho de creatividad, de ideas nuevas, cuando ya todo marchaba solo. No era mucho, mejor dicho, no era nada.

Con un suspiro, abandonaba la ventana y se sentaba al escritorio. Apenas lo hacía, la hermosa secretaria, alta y rubia, tacos altos, balanceando sus caderas pero con ese impulso avasallador de la mujer moderna, eficaz y bella como salida de la tapa de una revista, entraba con un montón de papeles que tendría que firmar, decidir, un decir, aprobar las decisiones que ya habían sido tomadas. O a lo sumo, dar orden de comprar o de vender. Antes de firmar, la secretaria, parada a su lado, sus caderas rozando el brazo del sillón, más que su perfume, su juventud lo mareaba, fingía leer los papeles mientras se preguntaba cuándo le llegaría ese coraje que necesitaba para tomar otra decisión mucho más importante, vital, sí, juntar ánimos, esa era la verdadera tarea.

Los roces de la cadera de la secretaria que se inclinaba para explicarle sin que él le preguntara nada, lo volvían a la realidad; fuese como fuese, una mujer que se diera por ser él el jefe, no era la mujer que esperaba.

Pone las firmas bruscamente, casi con violencia. Ella se inclina para recoger los papeles; además de sus caderas, a veces siente la solidez de la



esfera de una de sus nalgas sobre la mano que aferra del brazo del sillón, mano que se crispa.

Antes de retirarse, la secretaria le deja la agenda del día; las llamadas que tendrá que hacer, con quién va a almorzar o alguna reunión. Cuando ella se retira, sonrío con amargura y reza: así en su casa como en el trabajo. Su esposa en su casa la secretaria en el trabajo, ambas le organizan la vida.

Con desgano hace las llamadas, almuerza como ausente o como quien vive un sueño, participa de la reunión donde siempre escucha las mismas cosas, aparentemente fundamentales, creatividad e ideas.

Mal o bien, para peor o mejor, el día pasa. Y al atardecer, cuando se pone el sol que cada día le cuesta enfrentar y ahora lo pone triste al desaparecer, la última tarea: juntar fuerzas para regresar a casa, cenar con su esposa, escuchar los trinos del canario y los comentarios sobre los mismos. Da vueltas y vueltas, de la biblioteca al ventanal; el sol había seguido su camino y seguirá.

Se sirve agua; la jarra está vacía. La deja, va al escritorio, abre los cajones. El último está abarrotado de tarjetas de Navidad que fue juntando durante años. La cantidad, la medida de su importancia. Siempre las quiso quemar, o mandar a la secretaria para que lo hiciera. Nunca se animó, una voz interior o el anticipo de lo que diría la secretaria "monstruo insensible", un insulto de su esposa de aquella tarde del episodio del canario, se lo impedía.

Basta. Sale de la oficina y emprende su camino rumbo al garaje mientras las tarjetas de Navidad le bailotean en la cabeza. No las que están en el cajón, sino las que, si en ese momento fuera Navidad, encontraría en la chimenea de su casa, cosa que él llamaba ostentación. Tarjetas familiares, de sus hijos que nunca se acordaban de él, salvo ese día. Pero la mayoría era de los parientes de su esposa, la que, empuñando las tarjetas, los nombraba dejando de lado las historias sucias que había detrás de cada uno. Oh, era Navidad, el amor y el perdón, la unión familiar. Perdonémosla mi Dios, que no sabe lo que hace.

Demasiado tráfico, siempre. Nunca podía acelerar el BMW último modelo que, siempre lo asombraba, no le devolvía la juventud perdida. Temiendo que lo escuchara su mujer, no por miedo sino para evitar discusiones que igual se producirían, tampoco se atrevía a acelerar en el último tramo a su casa y menos a clavar el freno. Entraba con los nervios destrozados, cenar y a la cama, su único deseo.

La tarde de ese día su mujer todavía no había llegado. La sirvienta, quizás la misma que le llevaba el café por la mañana, le informó que “la señora” se demoraría en una reunión o encuentro en la iglesia y le preguntó si quería cenar. Con un alivio en el alma, no tener que escuchar las buenas acciones que “su señora” y su iglesia realizaban por el bien de los niños pobres del mundo, o algo parecido, respondió que sí, pero en vez del comedor, prefería el patio de invierno cuyas ventanas por ser verano, todavía estaban abiertas. Aire, en su casa siempre necesitaba aire.

Acomodándose en una silla de hierro con almohadones, se sentó frente a la mesa de mármol blanco para esperar. Y esperó. Y mientras esperaba, incomprensiblemente, se empezó a poner nervioso hasta llegar a tener los nervios de punta. Trató de explicarse la causa; su mujer no estaba, bien, esa no podía ser la causa. La sirvienta lo distrajo en su indagación; le puso el mantel, la panera, el plato, tenedor y cuchillo. Como por la píldora tenía absolutamente prohibido el alcohol, la botella de agua mineral y un vaso. Siempre le preguntaba si quería sopa y él siempre respondía que “no, gracias”.

Llegó el rosbif con puré y salsa. Se sirvió y temblándole las manos, temblor que se transmitía a sus dedos, sin mucho apetito, atacó la carne. En ese momento, aunque lo hubiera visto, recién se le hizo consciente la causa de sus nervios de punta: el canario en la amplia jaula blanca en un rincón del jardín y el temor a que se pusiera a trinar con entusiasmo alguna variante del *Canto a la vida*. Si por casualidad lo hiciera ese día, por fin se decidió, él ya sabía qué hacer.

Se puso a comer. Cada tanto, mientras masticaba, levantaba la cabeza y miraba la jaula. Curioso, tal vez por la decisión tomada, el apetito se le iba abriendo a medida que comía. Se sintió bien, hasta era posible que una sonrisa apareciera en sus labios que cada tanto se limpiaba con la servilleta.

Pedazo de carne, puré con un poco de salsa, agua mineral, terminó de comer. Satisfecho, apartó el plato y para dormir mejor, pidió un café descafeinado.

Fumando un cigarrillo, sorbía el café. Casi no se dio cuenta o no tenía conciencia clara de que observaba la jaula, las evoluciones del canario saltarín dentro de ella, como esperando que se pusiera a cantar. Creía haber aceptado con tranquilidad que su mujer le hablara con una dulzura y un cariño con los que nunca le hablaba a él, ni en los momentos más íntimos. Sonrisa o mueca, recordó uno de los comentarios de ella; como a los perros y gatos, sólo le faltaba hablar. O sí, hablaba, se expresaba bien con sus trinos y cantos con los que establecía un diálogo con su

mujer del que él no participaba nunca. Quizás su esposa tuviera razón, ésa sería una de las pequeñas cosas de la vida que no podía apreciar.

La conjunción de los astros; el sol que viajaba por el cielo hacia la noche, después de pasar frente a la casa, antes de desaparecer, curioseó con sus últimos rayos en el jardín y bajo esa luz, los pulmones del pequeño canario estallaron con alegres trinos.

Aunque estuviera preparado y lo esperaba, el efecto fue el de siempre. Le dolieron los tímpanos y un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza. Se puso de pie y se acercó a la jaula. ¿Tuvo la intención de hacerlo? Nunca estaría seguro, lo único que quiso era hacerlo callar. El dedo índice contra el pulgar entre los barrotes; el canario saltarín, tal vez curioso, o ansioso por alguna semilla succulenta, acercó el pico a los dedos: el disparó con fuerza el índice. Fue un disparo certero. No, no quiso hacerlo, se decía, mientras observaba asombrado cómo, sobre el pico del canario caído en el fondo de la jaula, se deslizaban minúsculas gotas de sangre.

Fascinado, siguió allí, contemplando al canario. El “¿Qué pasó?” la voz ansiosa de su mujer, intuición femenina, lo sobresaltó. “No sé”, logró farfullar. Su mujer se acercó, miró en la jaula y pegó un grito seguido de: “Monstruo. ¡Lo mataste!”. “¡No! Ni lo toqué”. “No mientas. Lo odiabas. Más de una vez dijiste que tenías ganas de estrangularlo”. “Reconozco que sí, que tuve la tentación. Pero repito, ni lo toqué. Debí tener un ataque al corazón o un derrame”.

Su esposa abrió la jaula y con delicadeza alzó el canario. Y mientras él emprendía el camino al dormitorio, su mujer salía corriendo de la casa.

Arriba, en el momento de cerrar la puerta, escuchó el auto que aceleraba y un chirrido de gomas de una frenada. El ronroneo del motor se perdió.

Ya en la cama, un ritual, con el último cigarrillo antes de dormirse, contento de seguir solo, rogaba a Dios del que se olvidaba, que le trajera ese sueño deseado, bien amado y que por favor, no terminara como terminaba siempre.

Y como preparando su alma, entre pitada y pitada, comenzó a fantasearlo. Su mente volaba, volaba lejos, hacia una ciudad desconocida o de nombre olvidado, hacia el encuentro o reencuentro con su único amor, al que había deseado con un deseo intenso y hondo. En calles familiares, en una esquina, siempre se habían encontrado en una esquina, cuando él todavía no era más que un simple agente viajero de su compañía y todo viaje era la posibilidad de una aventura, si no de un profundo cambio de vida, sí de una profunda renovación, de una fres-

cura que le duraba días, a veces semanas. Y se encontraban, un abrazo, un beso largo, y tomados de la mano, buscaban un lugar, un lugar para estar solos, nadie más que ellos en el mundo, para hacer el amor con el ardor y la pasión de siempre, o el ardor imaginado y soñado.

Bruscamente, se abrió la puerta. Su esposa se asomó para decirle, “El veterinario me dijo que si no es por un golpe, jamás vio un canario con un derrame”. Y antes de cerrar la puerta, le gritó, “Monstruo insensible”.

Y siempre de la mano, seguían buscando el lugar pero no lo encontraban. Desesperados, recorrían las calles, cada vez más rápido, mientras barridos por un viento frío que lo helaba a pesar de la manta eléctrica, las casa, las calles, las ciudad, desaparecían y se esfumaban y por más fuerte que la sujetara, ella, con una rapidez que lo desesperaba, se fragmentaba en pedazos, se desvanecía, se evaporaba, y por una fracción de segundos, sólo quedaba su mano entre la suya pero terminaba por escurrirse entre sus dedos como arena y él parado en medio de un desierto.

Se dormitaba, con los ojos entrecerrados, decía “Basta” y giraba la llave de la luz:

150 watts.

La luz inunda la habitación, pero nada adquiere color. Una gruesa capa de polvo lo envuelve todo. Más que ver, adivina su cara, sus ojos hundidos en el espejo. El último deseo; para sentirse vivo, por lo menos desearía sentir pavor pero la píldora ya estaba haciendo su efecto.

Un último esfuerzo. Extiende la mano, gira la llave a cero: oscuridad total. Se cubre con la manta, se pone en posición fetal y cierra los ojos con un profundo suspiro de alivio.

Un suave clic que ya no oye. El casete programado en el reloj despertador se pone en marcha y se escucha la Novena sinfonía.

Pablo Urbanyi  
Ottawa